

## Comentario al evangelio del jueves, 14 de marzo de 2019

Queridos amigos.

Rezamos hoy en la primera oración de la Misa: *“Que vivamos siempre según tu voluntad los que sin ti no podemos ni siquiera existir”*.

La reina Ester hace esta confesión *“Yo he escuchado en los libros de mis antepasados que tú libras siempre a los que cumplen tu voluntad”*. Esta es la fe del Pueblo de Dios de la Antigua Alianza transmitida de generación en generación. Y Jesús dice hoy a sus discípulos: *“pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”*. Un padre cuando un hijo le pide algo siempre lo escucha y Dios **“mucho más”** a los que le pidan cosas buenas.

Seguramente también nosotros hemos experimentado en nuestra vida el poder de la oración hecha con confianza, y hemos contemplado las maravillas de Dios. Y podremos exclamar con la reina Ester: *“Bendito seas Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob...”*, es decir reconocer hoy también que somos grandemente bendecidos, e incluso afirmar que toda nuestra vida es una *“bendición”*, y repetir con el Salmista: *“Te doy gracias, Señor, de todo corazón porque escuchaste las palabras de mi boca”*.

La oración para el cristiano es como el aire que respiramos: sin aire nos morimos, sin la oración estamos vacíos y somos como el cardo en la estepa. Pero atención: antes de saber cómo hay que orar, importa mucho más saber cómo *“no cansarse nunca”*, no desanimarse nunca, ni deponer las armas ante el silencio aparente de Dios. Así lo dice Jesús: *“todo lo que pidáis con fe lo obtendréis”*.

“Un joven discípulo se acerca a su maestro y le pregunta: -Maestro, yo quiero encontrar a Dios”. El Maestro le contesta: - Vuelve mañana. Cada día el muchacho hacía la misma petición: -”Maestro, yo quiero encontrar a Dios”.

Entonces el Maestro le invitó a ir con él al río. Entraron en el agua. Hacía mucho calor. -“Mete tu cabeza en el agua”, le ordenó el Maestro. El obedeció y cuando estaba sumergido el Maestro le agarró fuertemente y le mantuvo sumergido. Comenzó el joven a agitarse y forcejear desesperado.

-“¿Qué te pasaba cuando estabas debajo del agua? ¿Qué es lo que más necesitabas? -Aire, contestó él. -Querido amigo, cuando desees a Dios de la misma manera, lo encontrarás.

Siguió diciendo el Maestro: -Si no tienes una sed ardiente de Dios, como lo único importante en la vida, de nada te servirán tus libros ni mis enseñanzas”.

José Luis Latorre, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)